

¿Es el sujeto feminista epistemológicamente relevante en ciencia? ¹

Amparo Gómez Rodríguez

Introducción

La crítica feminista de la ciencia ha puesto en cuestión la concepción del conocimiento científico como saber objetivo y neutro, independiente de los contextos sociohistóricos en los que se produce y de las características y especificidades de los individuos concretos que hacen ciencia. Si bien es cierto que, en las últimas décadas, filósofos de la ciencia destacados han cuestionado aspectos fundamentales de la visión clásica de la ciencia ² y que historiadores y sociólogos han resaltado la naturaleza histórica y social del conocimiento científico, también lo es que la cuestión del sujeto de la ciencia, individualmente entendido, apenas ha sido tenida en cuenta. Sólo muy recientemente, desde posiciones epistemológicas feministas este tema ha sido considerado significativo.

Recordemos que si algo ha caracterizado a la filosofía de la ciencia, en buena parte de este siglo, ha sido la creencia proveniente del empirismo lógico y el racionalismo crítico, de que la ciencia es epistemológicamente independiente de cómo los científicos llegan a producir sus descubrimientos y justificar sus teorías. Las particularidades individuales del quehacer científico no se consideran relevantes. Un científico puede estar influenciado por valores personales, convicciones religiosas o intereses económicos, pero nada de esto cuenta, lo que realmente importa son los resultados finales, la justificación de las teorías elaboradas. El recurso al método garantiza la racionalidad y objetividad científicas. Cualquiera, aplicando correctamente los procedimientos científicamente adecuados, llega a los mismos resultados; el método es suficiente para explicar el incremento histórico de la objetividad y la racionalidad científicas.

Con Kuhn ³, y otros autores críticos del empirismo lógico y el racionalismo falsacionista, se consolida la idea de que la ciencia es, sobre todo, una actividad realizada en el seno de una comunidad, histórica y socialmente dependiente (el contexto de descubrimiento pasa a ser central). Por tanto, es una actividad con sujeto, entendiéndolo por tal no a los científicos individuales sino a la comunidad. La práctica científica está sujeta a los requisitos y exigencias internas de la comunidad —aunque

también sea permeable a la influencia de factores externos en cierta medida y grados—. Reglas de investigación, valores epistémicos, razonamiento, observación, relaciones entre los científicos, crítica, control intersubjetivo, estructuras de laboratorio, son elementos clave de la regulación del quehacer científico⁴. Es decir, la actividad de los científicos individuales está fuertemente reglamentada por la comunidad, y ésta se caracteriza, según Kuhn, por compartir un paradigma que determina un fuerte consenso en torno a los componentes esenciales de esa actividad. Por consiguiente, las particularidades personales no son relevantes, se disuelven en el seno de la comunidad. La ciencia es una empresa colectiva, no individual; no se reduce ni a lo subjetivo, ni a lo social.

Son los *estudios sociales de la ciencia* los que ponen el acento en la determinación social del conocimiento científico. Los sociólogos del denominado *programa fuerte* (Strong Programme⁵) afirman que *ciencia* es lo que la gente admite como tal en un determinado momento; sobre todo, lo que las instituciones y comunidades científicas acepten como ciencia. La ciencia está apoyada y mantenida socialmente colectiva e institucionalmente, es un producto social cuyo sujeto son las comunidades científicas (también la sociedad). Son las creencias, no el conocimiento, las que pueden ser individuales y privadas. El conocimiento científico es aquel socialmente sostenido como tal, si hay un sujeto del mismo es la sociedad y, en particular, las comunidades científicas⁶.

Para la corriente constructivista (etnometodología)⁷ la ciencia es un producto social, pero lo que hay que estudiar es lo que hacen los científicos en el laboratorio, describiendo los microprocesos a través de los que la comunidad científica construye el conocimiento. Hechos y representaciones de los hechos se constituyen a partir de fenómenos microsociales que tienen lugar en el laboratorio y así han de ser descritos. La ciencia es una actividad humana como cualquier otra práctica social. Lo que interesa es el estudio de los procesos microsociales a través de los que esa práctica construye la ciencia de forma colectiva (desde los acuerdos o las disputas hasta la retórica). El sujeto de la ciencia sigue estando en la comunidad científica más que en los científicos individuales que la componen.

Esta forma de entender al sujeto del conocimiento científico cambia con los trabajos desarrollados desde posiciones epistemológicas feministas radicales. Este enfoque supone una crítica tajante de la ciencia actual, sus bases epistemológicas y procedimiento metodológicos⁸. Se sitúa en el marco de los estudios sociales de la ciencia pero mantiene diferencias con las corrientes dominantes en sociología de la ciencia. En primer lugar, aunque se admite que la ciencia es un producto social que refleja las relaciones de poder, se considera que es, sobre todo, un producto de la ideología dominante y que, por tanto, está determinada por los valores androcéntricos y misóginos (además de por los racistas y de clase) propios de la cultura patriarcal en cuyo seno se produce. En segundo lugar, sus análisis otorgan un papel epistemológicamente central a los sujetos individuales que hacen ciencia. Lo relevante ya no es la sociedad o la comunidad científica, sino los científicos concretos que reflejan y trasladan al interior de la ciencia elementos determinantes de su medio histórico social y cultural. En tercer lugar, no sólo interesa la crítica (la explicación o descripción) de lo que la ciencia es, sino la propuesta de un proyecto de ciencia alternativo, basado en valores (epistémicos, pero también ético-políticos) y fines muy distintos de los que dominan en la ciencia actual. La determinación del tipo de cualidades cognitivas que ha de constituir al sujeto epistémico de esa ciencia nueva es uno de los requisitos fundamentales del programa radical.

En lo que sigue expondremos los rasgos fundamentales de esta propuesta centrándonos en la relevancia del sujeto epistémico para la crítica de la ciencia, pero sobre todo, para la constitución de un proyecto de ciencia alternativa. Al mismo tiempo mostraremos el debate que este proyecto abre en el seno mismo de las epistemologías radicales.

La crítica radical de la ciencia

Para las pensadoras feministas provenientes del postmaterialismo, el psicoanálisis, la crítica literaria y el postmodernismo, la ciencia existente es un

producto sociocultural resultado de la actividad de científicos individuales transmisores de valores, entre otros, sexistas (también racistas o clasistas) propios de la cultura patriarcal en la que está insertos. Estos valores penetran en ella constituyéndola como producto ideológico.

El acento no se pone ahora en la comunidad científica sino en los científicos considerados como individuos histórica, social y culturalmente dependientes y, por tanto, agentes transmisores de lo externo, sobre todo, ideológico. Los científicos, cuando hacen ciencia, siguen siendo hombres, pertenecientes a una raza y clase social. La ciencia que elaboran está contaminada por este hecho: su género es masculino su ideología patriarcal, androcéntrica y misógina. Teorías, epistemología, metodología y recursos estilísticos comparten esta misma situación. Ya no se trata de que los valores androcéntricos y sexistas influyan en algún grado, sino de que la ciencia, en su totalidad, es resultado de esta clase de valores, es decir, es androcéntrica y misógina. El conocimiento científico ha de ser entendido como lo que es, un producto cultural que se disuelve en la ideología, las relaciones de poder y de género. Por ello colabora directamente en la dominación de un grupo por otro, en proyectos sociales sexistas, racistas y clasistas. Está determinada por valores de dominación y segregación que luego afloran y están presentes en su aplicación.

Los análisis de los sesgos de género muestran como la ideología androcéntrica y sexista ha condicionado los contenidos científicos de las teorías mientras que los análisis de la retórica científica evidencian cómo todo el edificio de la ciencia (incluyendo ontología, epistemología y metodología) está determinado por esta ideología⁹.

Detengámonos un momento en la cuestión de la retórica. Los trabajos llevados a cabo en este terreno se basan en las técnicas provenientes, sobre todo, del criticismo literario tal como muestran las investigaciones de Elizabeth Fee¹⁰, Carolyn Marchan¹¹ o E. F. Keller¹². Estas autoras han señalado la importancia de las metáforas de género en los escritos de los padres de la ciencia moderna y, por tanto, su relevancia en el seno mismo de la ciencia, en sus concepciones ontológicas, epistemológicas y metodológicas. Las metáforas cargadas de simbolismo de género suelen aparecer en los márgenes de los textos, allí donde los que

hablan revelan las asunciones que no necesitan defensa ya que son compartidas por su audiencia, científicos y filósofos, con la consiguiente complicidad desde una misoginia común. Tales metáforas han formado parte de la explicación de los hechos y del método científico postuladas por los padres de la ciencia.

Las metáforas androcéntricas y misóginas son evidentes en la construcción de las rígidas dicotomías que pueblan el discurso científico sobre el correcto proceder en ciencia, tales como: objetividad vs subjetividad, sujetos concedores vs objetos, razón vs emoción, mente vs cuerpo. Tales metáforas han sido fundamentales para entender la separación que se da en el seno de la ciencia moderna entre racionalidad científica, moral y fines sociales, puesto que nada debe pasar del sujeto al objeto, de la emoción a la razón, del ser al deber ser, en el proceso del conocimiento. Al mismo tiempo, esta dicotomización refleja las cualidades que otorga la ciencia a lo masculino y lo femenino, fiel reflejo de cómo son distribuidas y valoradas en la cultura occidental dichas cualidades. En cada caso el primer miembro del binomio es asociado a la masculinidad y el segundo a la feminidad.

Los filósofos tradicionales niegan que las metáforas de género sean relevantes para los referentes y significados reales de la ciencia, mientras reconocen la importancia de otra clase de metáforas como la de la *naturaleza como una máquina*. Se admite que esta metáfora está a la base de la revolución científica del XVII, proporciona una interpretación ontológica de la naturaleza tal como la tratará la física de Newton, dirige a los investigadores por vías fructíferas en la aplicación de su teoría, sugiere los métodos apropiados de investigación y el tipo de metafísica que soporta la nueva ciencia.

La crítica feminista sostiene que si se reconoce que la metáfora mecanicista fue parte fundamental de las explicaciones que la nueva ciencia produjo, no hay ninguna razón para no mantener lo mismo en el caso de las metáforas de género. Los análisis en esta dirección están mostrando que entender a la *naturaleza* como una *mujer indiferente*, al conocimiento y la verdad como *un maridaje casto y legal que pusiera a la naturaleza al servicio del hombre y la hiciera su esclava* o a la investigación como una *violación fructífera*, como hace

Francis Bacon en sus escritos sobre el nuevo método científico, fue igualmente importante para el desarrollo de la nueva ciencia y sus concepciones de la naturaleza y la investigación científica. Es decir, fueron relevantes ontológica, epistemológica, metodológicamente, por tanto, su análisis permite comprender y explicar la nueva ciencia.

Como señala E. F. Keller¹³, la utilización de imágenes de la Legislación de Brujas en el debate entre las filosofías herméticas y mecánicas, y la retórica sexual presente en la caracterización del método experimental tiene enorme importancia para comprender cómo se constituyó la nueva ciencia. El uso por parte de Bacon de la imaginación sexual para explicar aspectos claves del método («no hay que tener escrúpulos en entrar y penetrar en aquellos agujeros y rincones cuando la inquisición de la verdad es el objeto total como su majestad muestra»), evidencian como agresividad y control son constitutivos del proceder experimental en su intento de alcanzar la verdad oculta¹⁴. Los requisitos del método científico son formulados en términos de tortura y violación con metáforas claramente sexistas que implican relaciones sociales violentas con las mujeres. Presumiblemente estas metáforas han tenido consecuencias pragmáticas, metodológicas y metafísicas relevantes para la ciencia, sus concepciones y prácticas¹⁵.

C. Marchant, igual que Keller, o Fee, plantean que tales metáforas no son sólo malos usos de la ciencia, sino parte de la ciencia tal como ésta se ha ido constituyendo¹⁶. Lo que ocurre es que la ciencia es distintivamente androcéntrica y, por ello, las metáforas sexistas integran su ontología, metodología, epistemología e ideología; no debemos extrañarnos, por tanto, de que sea misógina en sus teorías y aplicaciones tecnológicas.

El proyecto de una ciencia feminista

A partir de este diagnóstico se considera que la única alternativa factible a la ciencia tal como se ha ido constituyendo consiste en rechazarla en su totalidad, sustituyéndola por una ciencia radi-

calmente distinta, no sexista (racista o clasista). Una ciencia no androcéntrica sólo será posible diseñada desde supuestos epistemológicos e incluso ético-políticos muy distintos a los que están presentes en la ciencia actual. Sólo dejando de ser masculina la ciencia dejará de ser androcéntrica, y sólo dejando de ser androcéntrica dejará de ser misógina y sexista. Por tanto, la nueva ciencia ha de desarrollarse bajo el signo alternativo de lo femenino constituyéndose como proyecto feminista. Esto supone sentar las bases de una revolución científica del tipo de la ocurrida en el siglo XVII.

Estamos en lo que Haraway, denomina *segunda estrategia de la crítica feminista* en la que «el análisis y la reinterpretación de los textos recibidos muestra, que la ciencia es un producto social y personal. La ciencia androcéntrica no surgió por accidente sino sistemáticamente y seguirá siendo así por más que los científicos individuales traten de hacer buena ciencia sobre sexo y género. Los hechos están cargados de teoría, la teoría de valores, los valores de historia. Y la historia hace imposible que cualquier investigador se aleje demasiado de las denominaciones de género y que haga ciencia neutra. Por eso las mujeres toman la palabra»¹⁷.

El proyecto de una ciencia no androcéntrica exige un sujeto dotado de cualidades epistémicas muy distintas a las masculinas hasta ahora dominantes. Estas nuevas cualidades sólo pueden ser las femeninas (segunda parte de los binomios antes señalados), excluidas tradicionalmente de la ciencia, que tendrían así su oportunidad histórica. Por tanto, el proyecto de una ciencia diferente supone, en primer lugar, fundamentar teóricamente la superioridad epistémica femenina; en segundo lugar, afrontar la viabilidad del proyecto de una ciencia feminista y el estatuto epistémico de esta ciencia¹⁸.

LA SUPERIORIDAD EPISTÉMICA DE LAS MUJERES

La especificidad cognitiva de las mujeres se argumenta desde teorías biológicas, psicoanalíticas y postmaterialistas. Las autoras tratan de mostrar la existencia de capacidades epistémicas femeninas más adecuadas que las masculinas para una práctica científica más respe-

tuosa, menos agresiva y destructora de la naturaleza y los seres humanos, más fructífera y enriquecedora que la que ha supuesto la ciencia actual sexista, racista y clasista. Divergen, sin embargo, en las razones que se aducen como explicación de este hecho.

La biología

El recurso a la *naturaleza femenina*, de larga tradición en nuestra cultura en la demostración de la inferioridad e incapacidad de las mujeres, entre otras cosas para hacer ciencia, reaparece en este contexto con una valoración muy distinta. Se entiende que las cualidades naturales femeninas son muy superiores a las masculinas.

Esto es lo que encontramos en la lectura diferencialista de teorías como la de la lateralización cerebral llevada a cabo por Gina Covina¹⁹. De su trabajo extrae un viejo argumento biologicista: que los hombres tienen más desarrollado el hemisferio izquierdo del cerebro (abstracción matemática, pensamiento lógico), mientras que las mujeres han sido dotadas con un mayor desarrollo del hemisferio derecho (lenguaje y sentimientos). Además se da una menor lateralización del cerebro femenino, lo que implica una forma de proceder cognitivamente más global e interactiva, frente a la analítica abstracta masculina.

Ello, al contrario de lo que sostiene el discurso patriarcal, supone características cognitivamente superiores y epistémicamente más adecuadas que las masculinas. Los hombres, de forma universal, han llevado a cabo una práctica científica perversa al tener reprimida toda emoción o sentimiento en sus procesos cognitivos dada su estructura cerebral y biológica. A partir de su dicotomización del proceso del conocimiento en objeto-sujeto (dada su dicotomización cerebral pensamiento-sentimientos) ellos han podido «asesinar gente, animales, plantas, procesos naturales con la conciencia tranquila». El objeto de estudio es mera *cosa* y como tal está al servicio del científico y la ciencia.

La práctica científica de las mujeres excluirá todo esto puesto que su naturaleza las dota, como ya expresaron Margaret Fuller y Matilda Gages²⁰, de una «intuición como una capacidad peculiarmente llena de discernimiento», un estado cognitivo tal que les confiere cierta

supremacía epistémica, pues les permite mantener con el objeto una relación empática muy diferente de la práctica racionalizadora masculina que se distancia del objeto.

La creencia decimonónica en el poder de la intuición repercute en el trabajo de Schulamith Firestone y Mary Daly. Para Firestone²¹ existen dos formas de responder ante la experiencia, una estética —«subjetiva, intuitiva, ... emocional, incluso temperamental (histórica)»—, vinculada a la naturaleza femenina; y otra tecnológica —«objetiva, lógica, ..., realista, ..., pragmática», relacionada con la naturaleza masculina. Mary Daly²² recurre explícitamente a la natural superioridad epistémica de las mujeres a través de la *metáfora del hilado*. Ella establece un paralelismo entre la construcción del conocimiento y cierta *actividad creativa*, tradicionalmente femenina, acorde con las cualidades naturales y talante de las mujeres: el hilado. La autora designa este proceso como *Gyn/Ecology*, él ha de guiar la ruptura con la cultura patriarcal, a partir de la cual las mujeres revalidarán sus poderes y placeres como señales de su propia autoridad y naturaleza. Esto les permitirá realizarse plenamente ya que supondrá acabar con la supresión de la dominación femenina por los hombres²³.

Toda esta argumentación basada en los atributos de la *naturaleza femenina* da por sentada en términos esencialistas la existencia de cualidades que son teorizadas en términos ahistóricos y presociológicos²⁴. Serán las teorías provenientes del psicoanálisis y el materialismo histórico las encargadas de introducir el elemento constructivista en el análisis de las cualidades cognitivas femeninas.

El psicoanálisis

Teóricas como Nancy Chodorow²⁵, Dorothy Dinnerstein²⁶, Jane Flax²⁷ y Evelyn Fox Keller²⁸, ofrecen una explicación psicoanalítica de la construcción de los géneros en términos de la *teoría de las relaciones objetales* desarrollada a partir de los trabajos de Melanie Klein y sus discípulas²⁹. Klein parte del supuesto de la presencia inmediata, encarnada en la madre, postulando que el *yo* se constituye como una unidad a través del proceso de diferenciación del objeto primario representado por la madre (mientras que el psicoanálisis

francés constituye su mito del origen a partir de la ausencia materna). Esta teoría va a tener una amplia aceptación en el mundo anglosajón como muestran los trabajos de Dinnerstein, Chodorow, Flax o Keller.

La teoría de las relaciones objetales concede gran importancia a los procesos de socialización de los individuos centrando la atención en la relación materno-filial. Así, en aquellas culturas en las que los cuidados de la prole se delegan exclusivamente en las mujeres, el proceso de formación de la identidad y autonomía durante la infancia se trunca en dos formas genéricamente diferenciadas en torno a las relaciones con la madre. Expuesto muy sucintamente lo que ocurre es que el niño se diferencia e individualiza en oposición a alguien que el nunca será: una mujer, socialmente devaluada. Debe alejarse del modelo y mantener una fuerte capacidad de separación y control puesto que no puede identificarse con él. Su *yo* se vuelve enormemente rígido con fronteras bien trazadas entre él y lo otro.

Este proceso es distinto en el caso de las hijas. Ellas se diferencian sin oposición puesto que han de individualizarse y separarse de una persona en la que ellas se convertirán: una mujer con la que han de identificarse mientras se diferencian. Su *yo* no necesita la misma capacidad de control y separación que en el niño, ni una formación tan rígidamente separada: lo otro es lo mismo. Emerge de una experiencia de la madre como igual y continua con ella misma. Las niñas se experimentan a sí mismas como envueltas en formas de separación e identificación más unitarias y en una cercanía caracterizada por la fusión de la individuación e identificación sin oposición³⁰. Esto explica la diferencia entre los sexos y la distinta dotación de cualidades epistémicas para ambos³¹.

Según Keller³², las reglas de la práctica científica son normas morales, no menos que los principios que adoptamos para tomar decisiones en la vida, así que no es sorprendente encontrar en el método y racionalidad científica las características masculinas del *yo*, y de las relaciones con los *otros*, y la naturaleza³³. Las mujeres desarrollan otro tipo de cualidades no tan rígidamente dicotomizadoras, más integrales, más emocionales, más concretas, menos interesadas en relaciones de poder, más nutrientes, que repercuten en sus estructuras

conceptuales y cognitivas y, por tanto, en la ciencia que elaboren.

El enfoque psicoanalítico permite plantear no sólo la deseabilidad de una ciencia basada en cualidades epistémicas femeninas sino, también, la posibilidad de que tales cualidades formen parte indistintamente de la personalidad de hombres y mujeres en algún momento. En una sociedad igualitaria, hombres y mujeres podrían no diferenciarse configurándose según cualidades humanas integrales. J. Flax³⁴, considerada que puesto que las personalidades masculinas y femeninas se constituyen psicoanalíticamente desde unas condiciones sociales distorsionadas, el cambio de tales condiciones permitirá la formación de seres humanos cuyos *yoes* no se constituirán como en la cultura patriarcal, donde los hombres incluirán aspectos de lo que hoy se considera femenino, y a la inversa. Se dará una complementariedad enriquecedora y superior lo que permitirá una epistemología y ciencia absolutamente diferentes a las existentes ya que trascenderán las diferencias de género³⁵. Una ciencia así constituida sería menos distorsionadora y más adecuada, más relacional y contextual, sin las rígidas dicotomías que la actual generización de la personalidad implica y, precisamente por ello, sería una ciencia más neutra, universal y objetiva.

El postmaterialismo

Las pensadoras provenientes del materialismo histórico basan su explicación de las diferencias epistémicas entre hombres y mujeres en sus condiciones materiales de vida. Éstas son absolutamente distintas dada la división sexual del trabajo que ha distinguido totalmente la labor que cada género desempeña: reproductiva y emocional la femenina, productiva la masculina. La tesis básica es que el trabajo de la mujer constituye una realidad material que estructura una relación, experiencia y comprensión de la realidad, distinta de la masculina, dando lugar a cualidades históricamente muy diferentes. La escisión fundamental y más significativa que estructura nuestra realidad humana no es, por tanto, la que se da entre burguesía y proletariado, sino entre *patriarcado* y *feminismo*³⁶.

Hilary Rose³⁷ desarrolla un análisis postmarxista de los efectos que sobre las estructu-

ras intelectuales tiene la división sexual de la actividad humana. Según Rose, la experiencia vital de las mujeres tiene su origen en el trabajo doméstico no pagado (más cerca del trabajo artesanal que del industrial). En este trabajo se da una unificación de actividad manual, mental y emocional (unidad de mano, cerebro y corazón) que determina la manera en que experimentan las mujeres sus relaciones cognitivas y prácticas con la realidad. Ellas desarrollan una experiencia unificada, sin la distancia masculina entre conocedor, mundo a ser conocido y proceso de conocimiento, una experiencia más integrada menos dicotómica.

De tal experiencia deriva una actitud cognoscitiva caracterizada por la capacidad de percepción de la interconexión de la realidad, como resultado de la inmersión en lo concreto y de la racionalidad afectiva propia del proceso de unidad de mano, cerebro y corazón. Esto configura una episteme femenina opuesta a los dualismos cartesianos, intelecto-cuerpo, sentimientos-emociones, subrayados en la revolución científica del s. XVII y presentes incluso en la visión marxista de la ciencia. Lo que supone una forma de conocimiento muy distinta de la masculina que nos ha conducido a «la mortífera cultura actual de la ciencia y la tecnología»³⁸.

Son por tanto, las consecuencias derivadas de las condiciones de trabajo femenino las que darán lugar a una ciencia feminista alejada de la androcéntrica. Tales condiciones hacen que las mujeres mantengan un punto de vista ventajoso como productoras de un conocimiento científico, menos distorsionado y más comprensivo y respetuoso con la naturaleza³⁹. La epistemología feminista no debe basarse en lo que las mujeres hacen hoy en el laboratorio donde están forzadas a negar que son mujeres para sobrevivir, dado el sistema de producción del conocimiento científico y sus poderes ideológicos. Una ciencia feminista debe estar fundada en la práctica femenina y en la del movimiento de mujeres.

N. Hartsock⁴⁰ también localiza la epistemología feminista en la teoría postmarxista del trabajo y sus efectos sobre la vida mental. La clave está en el trabajo de las mujeres basado en el cuidado de los niños y actividades de subsistencia. Este trabajo hace que estén en contacto con un mundo de cualidades, inmersas en procesos de cambio material cualitativo.

Su actividad es más completa que la del hombre, más sensitiva, y las dota de una más profunda visión materialista del mundo. Su experiencia del cuidado y la reproducción supone una mayor unidad con la naturaleza y el reconocimiento de sus límites. Esta experiencia es relacional en contraste con la abstracta y fundamentalmente aislada de los hombres, que no han tenido que ocuparse del cuidado y la subsistencia. La epistemología (y la sociedad) son construidas por el énfasis de la masculinidad en lo abstracto, la nueva ciencia debe basarse en la experiencia de las mujeres, no en la de los hombres, ni siquiera en la proletaria que es todavía fundamentalmente masculina.

Las mujeres como dominadas están en una posición privilegiada para elaborar un conocimiento liberador no opresor. Una ciencia distinta será una fuerza enorme para la transformación de la realidad, la epistemología y ciencia feministas dirigirán la lucha política por la sociedad. Sólo en el futuro, a través del cambio de las condiciones materiales, la ciencia (y la sociedad) podrá trascender las divisiones de género.

Sandra Harding⁴¹, de acuerdo con este planteamiento, sostiene que es incuestionable que las diferencias cognitivas entre hombres y mujeres son material e históricamente producidas, pero no pueden entenderse como definitivamente dadas. Las distintas actitudes epistemológicas son susceptibles de variación con el cambio de las condiciones materiales, son resultado histórico y material, por ello están en evolución constante. Está de acuerdo con Flax y Hartsock, en que en una sociedad nueva la ciencia no se basará en las cualidades que hoy son propias de hombres o mujeres porque éstas habrán desaparecido o se habrán modificado.

Lo adecuado es pensar que estamos en una situación de cambio, como ocurrió en el renacimiento cuando se rompió la división entre trabajo intelectual y manual con la actividad de los artesanos, esencial para la entronización del método experimental en la ciencia. Lo mismo ocurre con la propuesta materialista de modificación de la escisión entre el trabajo masculino de la producción y el femenino del cuidado y la reproducción de la vida.

Dorothy Smith⁴² resalta un aspecto interesante del trabajo femenino. Al dedicarse al cuidado del cuerpo y necesidades materiales de los hombres, el trabajo de las mujeres, igual

que ocurría con el trabajo de los esclavos, es visto no como una *actividad real* sino como una *actividad natural*, como un trabajo instintual o emocional. Esta actividad es inexpressable por las categorías abstractas del esquema conceptual masculino. Las mujeres son, así, excluidas de las categorías de lo social, histórico y humano.

Esto tiene, además, la consecuencia perversa de que las mujeres están alienadas en su propia experiencia por tales esquemas ya que no les permiten hacer visible su situación y mucho menos pensarla. Así se invade su conciencia por la reglamentación de conceptos propios de los varones, como por ejemplo el concepto de clase, absolutamente inútil para expresar la realidad de las mujeres. La ciencia, el conocimiento, carecen de categorías para expresar nuestra experiencia en el mundo (y del mundo) que exige esquemas conceptuales radicalmente diferentes. Una ciencia feminista debe elaborar categorías propias y debe dar cuenta de las características de las actividades de las mujeres. Han de ser las propias mujeres las que se encargen de ello, hay que expresar la propia experiencia desde la propia voz.⁴³

EL PROBLEMA DEL RELATIVISMO

Las investigaciones acerca de la adecuación de las cualidades epistémicas femeninas establecen los materiales a partir de los que es posible pensar una ciencia feminista alternativa a la androcéntrica. Sin embargo, como ya señalamos, este proyecto ha de atender a una segunda cuestión en la que se pone en juego su viabilidad: ha de ser posible fundamentar su superioridad respecto a la ciencia existente, o lo que es lo mismo, ha de dar cuenta de cómo le afecta el relativismo impulsado por la misma crítica feminista de la ciencia.⁴⁴

Un primer frente en el que la ciencia feminista topa con el problema del relativismo es el de la fundamentación de las cualidades epistémicas femeninas. La cuestión que se plantea y que ha de ser afrontada es la siguiente: ¿qué justifica la supremacía epistémica de las mujeres cuando las teorías que la fundamentan (biológicas, psicoanalistas y materialistas históricas) son ellas mismas productos masculinos sujetos a crítica? A esto se responde que

las teorías utilizadas son las mejores disponibles, aunque en su origen sean también productos masculinos. Sandra Harding⁴⁵ manifiesta al respecto que es necesario usar todas las teorías patriarcales que puedan ser útiles para nuestros fines (marxismo, psicoanálisis, empirismo, hermenéutica, postmodernismo), ello es imprescindible para cumplir el objetivo feminista de incorporar a la conciencia de la ciencia el mundo de las emociones, sentimientos y valores políticos, del inconsciente individual y colectivo de parte de la humanidad. Las mujeres pueden, por tanto, hacer uso de las que consideran mejores teorías disponibles, apropiándose y modificándolas en la dirección de sus intereses.

En el segundo frente se aborda el problema central de si podría el proyecto de una ciencia feminista escapar a la crítica relativista. Haraway⁴⁶ expresa muy bien el fondo de la cuestión al señalar la paradoja que, según ella, corroe el proyecto de una ciencia feminista. Afirma que la tercera característica de la crítica feminista de la ciencia es la siguiente contradicción, «la crítica de la mala ciencia que se desliza hacia una doctrina radical, para la que todas las manifestaciones científicas son ficciones históricas convertidas en hechos mediante el ejercicio del poder, crea problemas cuando las feministas desean hablar de la producción de una ciencia feminista. Un escepticismo corrosivo no podrá ayudar en el parto de nuevas historias». La situación del discurso radical sobre la ciencia, en este punto, es paradójica, basa su condición de posibilidad en un relativismo feroz respecto al conocimiento científico pero, al mismo tiempo ha de afrontar cómo afecta este relativismo a su propio proyecto.

La respuesta a esta cuestión se diversifica en dos líneas, la que dan las autoras de corte postmoderno que aceptan el relativismo hasta sus últimas consecuencias y la que ofrecen las teóricas provenientes del postmaterialismo (aunque no sólo) que sostienen la superioridad objetiva de la ciencia feminista (para ellas, la ciencia no sería una alternativa más, un tema propio de *las feministas* que se disuelve en el relativismo). Esta divergencia da lugar a un debate que se desarrolla ampliamente y que está lejos de haber concluido. La polémica se plantea en los términos que pasamos a exponer.

EL PUNTO DE VISTA FEMINISTA

Las pensadoras postmaterialistas entienden que de lo que se trata es de transformar la realidad y la ciencia desde un proyecto universalizable que todo el mundo tenga que reconocer, no de formular una opción parcial. Esto hace necesario argumentar la preeminencia objetiva del proyecto de una ciencia feminista.

Los términos en que se va a desarrollar esta argumentación son muy diferentes a los que habitualmente encontramos en la epistemología y filosofía de la ciencia. El relativismo va a ser conjurado apelando a la superioridad *objetiva* de la ciencia feminista, pero tal superioridad se fundamenta en razones puramente externalistas no en el recurso habitual a factores internos. Se va a considerar que los valores éticos-políticos tienen significación epistémica pues nos dicen qué clase de ciencia queremos y cómo ha de proceder su práctica.

La preeminencia del proyecto de una ciencia feminista se basa en la superioridad de los valores ético-políticos que lo sostienen, en la superioridad de los ideales que lo fundamentan. Una ciencia sustentada en los valores del no sexismo, no racismo, no clasismo, en la sensibilidad y la responsabilidad, es claramente superior a una ciencia sexista, clasista, racista, a una ciencia de la dominación de los otros y la naturaleza.

Por otro lado, esta argumentación no es exclusiva de las pensadoras postmaterialistas. La misma Ruth Bleir⁴⁷, desde su relativismo epistémico, mantiene que la ciencia feminista es buena ciencia, no porque la mujer tenga una naturaleza epistémica más adecuada o porque existan criterios internos definitivos que lo garanticen, sino porque la visión del mundo feminista y los valores que encarna su proyecto de ciencia y sociedad son superiores para toda la especie. La superioridad de una ciencia que echa abajo las jerarquías dominantes en la ciencia sexista, racista y clasista es incuestionable.

Las materialistas sostienen que no existen valores científicos neutros que incrementen la objetividad, pero sí que existen valores moralmente superiores, el no sexismo, el antiautoritarismo, el antielitismo lo son y dan lugar a proyectos emancipadores incluyendo el de la nueva ciencia. Este recurso a valores morales no es relativismo ya que las afirmaciones sexistas y no sexistas no son igualmente plau-

sibles. Los valores participativos antisexistas, antiracistas y anticlasistas, propios del proyecto de una ciencia feminista, reducen y eliminan las distorsiones y mistificaciones de nuestra realidad, por consiguiente, aumentan nuestra objetividad en la comprensión del mundo y su explicación científica⁴⁸.

Esto supone afirmar la superioridad del punto de vista feminista. Tal superioridad hunde sus raíces en el privilegio epistémico que concede el materialismo histórico al punto de vista de los dominados (de clase antes, de género ahora) y, por tanto, a los valores que le son propios. Las mujeres son un colectivo dominado, subordinado y casi invisible dadas sus condiciones materiales de trabajo, como hemos visto. Es esta situación de dominación la que las dota de una comprensión menos sesgada de la realidad, de un punto de vista más universal y objetivo que el masculino⁴⁹. Las mujeres están en situación de percibir mejor la realidad al no depender de los intereses dominantes. Su ubicación les permite descender el velo de los intereses y tener una visión más real de las cosas. Esto garantiza la superioridad objetiva del proyecto de ciencia feminista.

Esta estrategia, según Harding, se apropia de la noción de *objetividad* dejando el término *objetivismo* para el positivismo⁵⁰. Se reconoce el carácter hipotético de todas las afirmaciones científicas, incluidas las feministas, sin que ello signifique relativismo, puesto que el conflicto social entre los géneros sitúa a uno de ellos en un plano más objetivo respecto a los valores sociales y epistémicos. Una cosa es el carácter hipotético y otra muy distinta caer en el relativismo. El punto de vista del dominado siempre es más universal, menos distorsionado que el del dominador, por tanto su proyecto de ciencia es superior, nada de relativo hay en esto.

LAS CRÍTICAS POSTMODERNAS

El pensamiento postmoderno en ciencia, con autoras como Donna J. Haraway⁵¹, o Jane Flax⁵², se opone a las tesis materialistas del *punto de vista*. Estas pensadoras aceptan el relativismo en todas sus consecuencias resaltando el que denominan *peligro de la ficción naturalizada*, esencializadora de lo único humano, político o científico.

Es decir, no existe ni *la mujer*, ni *la ciencia feminista*, y mucho menos puede entenderse a una u otra como superiores. Las identidades en la vida moderna, incluso las de *la mujer*, son identidades fracturadas y diversificadas⁵³. Es inútil mantener la existencia de ideales no fragmentados como si se pudiese volver a precedentes unitarios del tipo *la experiencia global*, *la sociedad sin clases ni divisiones*, o *la ciencia feminista*. Estas categorías son insostenibles, por tanto, no podemos hablar de una ciencia feminista ya que hay muchas formas de hacer ciencia y de ser feminista, no cabe un proyecto común unitario.

No hay nada que fundamentar ya que todo es relativo. La única alternativa para el enfoque feminista de la ciencia es establecerlo como un proyecto político más que convive con otros igualmente válidos. Para ello necesitamos una historia feminista que contrarreste las profundas alianzas entre ciencia y sexismo, así podremos mantener una postura que permitirá crear nuestro propio espacio y dominio.

Pero esto no garantiza ninguna superioridad epistemológica, política o moral a la ciencia feminista, sólo obedece a un interés relativo, que como tal tiene derecho a realizarse⁵⁴. El ideal es que, en un futuro posible, la convivencia entre los opuestos sea factible ya que todas las posiciones son igualmente buenas. No vamos hacia una situación que trascienda las diferencias de género, raza o clase como creen los materialistas y, además, esto no sería posible (ni deseable) ya que la multiplicidad de identidades es irreductible dadas las condiciones culturales de la modernidad.

Donna Haraway⁵⁵ señala una serie de cuestiones de fondo que afectan al proyecto de una ciencia feminista: ¿existe una teoría del conocimiento feminista que sea análoga a las heredadas de la ciencia griega y de la revolución científica del XVII? ¿Sería una epistemología feminista capaz de conducir la investigación científica y constituirse en un miembro de la familia de las teorías existentes? ¿Podría tal epistemología terminar con los dilemas entre sujeto y objeto, entre conocimiento no agresivo ni dominador y la predicción y el control? ¿Podría iluminar las conexiones entre ciencia y humanismo dotando a la ciencia feminista de la capacidad de nombrar el mundo y darle una nueva identidad, una nueva historia, que evite las relaciones de poder?⁵⁶

Haraway⁵⁷ es escéptica respecto a las respuestas que pueda dar la epistemología del *punto de vista* a estas cuestiones cuando lo que realmente ofrece es un proyecto político para la ciencia y la epistemología. El pensamiento feminista de la ciencia está atrapado en una ambivalencia que es problemática, apela a un argumento kuhniano relativista, el hombre ve el mundo en una forma, la mujer en otra, para luego afirmar que la forma en que lo ve la mujer es superior. Con lo cual, qué otros fundamentos aparte de la lealtad de género pueden decidir entre explicaciones alternativas y conflictivas de las cosas. El feminismo, puesto que niega la posibilidad de un acceso científico al mundo real elimina la posibilidad de una ciencia sin género, limpia de distorsiones del todo. La única salida que queda a partir de la crítica feminista es admitir la parcialidad permanente de todo punto de vista, incluyendo el feminista, y esforzarse por crear desde la crítica un espacio favorable a los modelos de liberación como el feminista. Este es un proyecto elaborado desde un punto de vista que se plantea a sí mismo con derecho a existir y nombrar el mundo a su manera, que ha de convivir con otros puntos de vista como el androcéntrico⁵⁸.

La respuesta materialista

Las teóricas materialistas responden afirmando que la crítica postmoderna supone un relativismo absoluto que desfundamenta toda posibilidad de cambio, sea epistemológico, político o moral. Lo único que hace es consagrar lo dado, también en el caso de la ciencia. El discurso postmoderno es un buen discurso crítico, pero sólo permite ratificar lo existente, desde él la ciencia, racista, sexista y clasista es perfectamente válida, un proyecto más que convive con otros. No hay nada que argumentar, sólo queda aceptar estos proyectos en su idiosincrasia particular. Pero, entonces, ¿por qué cuestionar la ciencia sexista?, ¿qué nos movería a su problematización?, ¿qué puede impulsarnos a elaborar una epistemología alternativa y una ciencia feminista? La consagración postmoderna de lo existente paraliza el conocimiento y la acción⁵⁹.

Para el *todo vale* postmoderno no se necesitaba tanto esfuerzo teórico. Si la crítica del objetivismo nos forzara al subjetivismo y al

relativismo radical postmoderno, si la respuesta más defendible y poderosa que podemos dar para una ciencia liberadora es la afirmación *diferentes ciencias para diferentes intereses*, no hemos ido muy lejos. Lo que se está haciendo es perpetuar la dominación práctica y teórica. Difícilmente podremos instaurar las condiciones que hagan posible la nueva ciencia liberadora desde una conclusión tan débil y fácilmente asimilable por el poder existente, político, científico, tecnológico. Por tanto, es necesario rechazar el relativismo postmoderno, la ciencia feminista no trata simplemente de sustituir unas lealtades de género por otras, sino de llegar a hipótesis que estén libres de lealtades de género, que las trasciendan para convertirse en objetivas y neutras.

Por otro lado, *la multiplicidad de identidades* es una *categoría falsa* en la realidad actual. En nuestro mundo las mujeres, los negros, los obreros, configuran su identidad sobre todo en relación a la dominación; otros aspectos de la realidad son secundarios. Las variadas condiciones de la modernidad se disuelven en las condiciones de la dominación que constituyen la identidad de género (aunque ésta, por otro lado, no tiene que ser monolíticamente entendible). Las mujeres, negros, obreros, comparten en cada caso, cualidades de oposición unificadas que les constituyen como colectivos capaces de luchar por objetivos comunes con interpretaciones de la realidad, el conocimiento y la ciencia, compartidas y con la posibilidad de ofrecer programas alternativos conjuntos⁶⁰.

Es decir, la fragmentación de la identidad y su multiplicidad es cierta sólo en relación a los aspectos de la identidad no-defensiva de las mujeres, pero no respecto a los elementos de la defensiva que se configuran en condiciones generales de dominación. Son las condiciones materiales *compartidas* las que hacen posible el programa feminista como proyecto político y epistemológico, no psicológico o metafísico de lo personal, como parecen creer las postmodernas. La oposición unifica y sólo la unidad y solidaridad de las mujeres actúa contra las fuerzas sociales y culturales dominantes⁶¹.

En un momento posterior, cuando las condiciones cambien y la sociedad admita la diversidad y la pluralidad desde la justicia, tal vez la categoría de *identidades fracturadas y múltiples* tenga sentido. Entonces, ni la ciencia, ni la política, serán masculina o femenina. Primero

ha de trascenderse lo femenino y lo masculino para que las personas se constituyan como tales, sólo como personas, con multiplicidad de identidades ya no genéricamente diferenciadas. La tesis de la pluralidad refleja más bien el objetivo futuro a lograr, es factible pero no en ésta sociedad donde las condiciones de dominación son generales y unificadas y dan lugar a identidades subordinadas y unificadas.

A la crítica de Haraway respecto a la naturaleza y status del proyecto de ciencia feminista, S. Harding⁶² responde señalando que en este momento histórico, ciertamente, aún no se está desarrollando una ciencia feminista sino una crítica feminista de la ciencia actual y, por consiguiente, no puede contestarse a las cuestiones planteadas. Sólo se está indicando qué tipo de elementos podrían configurar y formar parte de la nueva ciencia, aunque ésta es casi impensable todavía. Igual ocurrió con la revolución científica cuando los creadores de la epistemología moderna, de Descartes a Kant, meditaban sobre lo que creían que era una ciencia creada por *trabajadores artesanos individuales* cuyo fundamento era la percepción de la naturaleza y de las actividades de la mente individual desencarnada, desligada de compromisos sociales y orientada a la búsqueda de la verdad evidente y cierta.

Ahora pensamos la nueva ciencia feminista desde las características epistémicas femeninas. Pero esto no significa esencializarlas ya que las nuevas condiciones sociales y materiales supondrán nuevos rasgos epistemológicos alejados de la escisión entre lo femenino y masculino. Sandra Harding⁶³ señala que hay dos etapas en el proyecto feminista, primero una ciencia feminista, luego una ciencia que trasciende los sexos. Esto sólo será posible cuando en la sociedad se den las condiciones que lo permitan, entonces se dará la auténtica revolución del conocimiento que ahora siquiera podemos pensar. Hay que cambiar la sociedad para cambiar la ciencia, al mismo tiempo que a la ciencia para cambiar la sociedad⁶⁴. La deconstrucción cultural postmoderna de la ciencia es necesaria pero, también, es necesario construir un proyecto alternativo de ciencia feminista. No podemos quedarnos en el momento crítico negativo. Por el momento lo que necesitamos es una política de solidaridad robusta, frente a la fragmentación, para eliminar el sexismo y racismo estructural⁶⁵.

DOS CRÍTICAS AL PROGRAMA RADICAL

El debate entre pensadoras postmaterialistas y postmodernas está muy lejos de cerrarse. Al mismo tiempo, las tesis de ambas han sido cuestionadas globalmente desde posiciones feministas de corte empirista⁶⁶. Desde este enfoque, aunque se reconoce, como hace H. Longino⁶⁷, la incidencia de externalidades –la mejor ciencia no está libre de la influencia de valores externos–, se entiende que ello no significa que el conocimiento científico sea mero producto social e ideológico⁶⁸. El peso distorsionador de los valores externos es incuestionable pero no está presente en toda la ciencia ni en el mismo grado. El conocimiento científico es una actividad permeable a valores externos, pero también sujeta a valores internos. No es necesario condenar a la ciencia en su totalidad ya que en muchos sentidos y maneras la estructura de la ciencia misma nos provee de oportunidades para la expresión de la creatividad y la autoconciencia necesarias para una ciencia no androcéntrica, es decir, en palabras de Longino, *hecha como feministas*.

Desde el empirismo se cuestiona la idea de una *ciencia feminista*, negándose la existencia de una forma de conocer específicamente femenina. El sujeto de una ciencia no androcéntrica no es epistemológica o metodológicamente específicamente femenino, como afirman las epistemólogas radicales. Tampoco es un sujeto individual, los científicos o las científicas singulares. La ciencia es un producto colectivo, resultado de la comunidad científica que sólo siendo crítica con los valores dominantes y haciendo ciencia *como feministas* puede dar lugar a una ciencia no androcéntrica. Esta ciencia tampoco estaría libre de valores, aunque de contenido muy diferente al que presentan los valores dominantes en la ciencia actual. La ciencia es lo que es, compleja y resultado de procesos internos e influencias externas. La única alternativa factible es hacer explícitos críticamente los valores desde los que se está investigando para reconocerlos y saber en cada caso donde estamos, haciéndonos conscientes de su existencia. La objetividad tiene que ver con esta estrategia crítica, no con el objetivismo de signo positivista que implica la *descontaminación* valorativa de la ciencia⁶⁹.

Por otro lado, las tesis materialistas del *punto de vista* han tenido que encarar críticas específicas. Así, desde el mismo marxismo se ha cuestionado el privilegio epistémico del punto de vista de las mujeres. El punto de vista del proletariado era epistemológicamente superior al del burgués por la idea de que los trabajadores eran marginales y al mismo tiempo centrales en la sociedad burguesa. Marginales en relación al poder cultural y político, centrales en los procesos de producción. Su marginalidad significaba que tenían menos intereses en mantener la ideología burguesa, mientras que su centralidad les daba una visión privilegiada de la naturaleza real de la producción capitalista (de la cual dependía todos los estratos sociales). Los argumentos feministas se han basado en la marginalidad de las mujeres en la sociedad patriarcal, pero ellas no ocupan ningún lugar central en los procesos de producción, al contrario son marginales a ellos.

La respuesta a esta crítica se basa en rechazar el supuesto de la *no centralidad* que implica, de nuevo, negar la esencialidad del trabajo femenino haciéndolo invisible. El trabajo de las mujeres es central para los procesos de producción de la sociedad puesto que estos lo exigen como condición necesaria sin la cual no serían posibles. Por tanto, las mujeres tienen una visión privilegiada de la naturaleza real de la producción e ideología patriarcal dominante.

Las diferentes críticas y respuestas examinadas demuestran la complejidad y diversidad de los puntos de vista existentes en el enfoque feminista de la ciencia. Las divergencias entre las distintas opciones son relevantes, en muchos aspectos podemos considerar que suponen, por decirlo en términos lakatasonianos, *programas de investigación* distintos, aunque no necesariamente rivales. A pesar de ello, las diversas posiciones coinciden en cuestionar el androcentrismo presente en la ciencia actual, señalando la necesidad de una revisión que incorpore la perspectiva feminista. Cómo llevar esto a cabo, y el alcance que tendrá para el conocimiento científico, es lo que está en discusión.

NOTAS

¹ La redacción de este trabajo ha sido facilitada por la concesión, por parte de la CICYT, del Proyecto de Investigación (coordinado) n.º PB95-0125-C06-06.

² La *visión standard*, según Putnam, que en castellano se tradujo por *concepción heredada*, en F. Suppe (1979).

³ Sobre todo, T. S. Kuhn (1970). También, Kuhn (1972), (1974), (1977).

⁴ Estos recursos, no obstante, no excluyen la incidencia de externalidades aunque sí que la palia, la ciencia no se disuelve en lo sociohistórico. Desde el empirismo feminista autoras como Helen Longino comparten estas tesis en buena medida. Véase H. Longino (1990).

⁵ Véase B. Barnes (1977); D. Bloor (1976).

⁶ Entienden a la sociología del conocimiento, a modo de las ciencias duras, como una teoría capaz de elaborar explicaciones causales de los contenidos científicos a través de leyes sociales empíricas y contrastables, sin interesarse por la verdad, falsedad, racionalidad o irracionalidad según la tesis de la simetría mantenida por Bloor. La sociología de la ciencia es entendida como una teoría general y un programa de investigación. En relación al tema véase J. Echevarría (1995: 20 y ss.). También, J. Sánchez (1995).

⁷ Véase, B. Latour (1987), B. Latour y S. Woolgar (1979).

⁸ Las epistemologías radicales han de situarse en el contexto general de los estudios feministas de la ciencia que incluyen líneas de investigación y perspectivas filosóficas diversas: estudios histórico-sociales, análisis de los sesgos de género de las teorías científicas, enfoques epistemológicos menos radicales en su cuestionamiento de la ciencia existente. Para una exposición de las diferentes tendencias véase A. Gómez (1998).

⁹ El análisis de los sesgos de género de las teorías científicas ha sido ampliamente desarrollado. Con él se trata de establecer en qué medida y hasta qué punto lo que la ciencia afirma como conocimiento riguroso está distorsionado y, por tanto, condicionado por la influencia de factores externos de naturaleza androcéntrica y sexista. Por razones obvias no podemos detenernos en su exposición, nos limitaremos a algunas citas bibliográficas: Donna Haraway (1995); Nelly Oudshoorn (1994); Ruth Hubbard, M. S. Henifin & B. Fried (eds.) (1982); Hubbard and Wald (1993); Sarah B. Hrdy (1981); Ruth Bleir (1984); Helen Longino (1990); Cynthia E. Russett (1991). En nuestro país, E. Pérez Sedeño (1995), (1998); A. Gómez e I. Perdomo (1993); A. Gómez (1995).

¹⁰ E. Fee (1986) y (Fee, 1981: 378-392).

¹¹ C. Marchant (1980).

¹² E. F. Keller (1985).

¹³ Véase (Keller, 1985: 51-52), para esta cuestión ver capítulos 2 y 3.

¹⁴ Citado por (Harding, 1986: 116).

¹⁵ Carolyn Marchant (1980), identifica cinco cambios en el simbolismo de género de las metáforas científicas que dominan el pensamiento y la experiencia de Europa desde el s. XV al XVII y que contribuyen a la siguiente visión científica del mundo. Tales cambios tienen que ver, por ejemplo, con cuestiones como que en la teoría copernicana la tierra era el centro del universo y se reemplaza por el sol como centro. No es lo mismo la tierra, femenina, madre de toda vida entendida como el centro a cuyo alrededor gira el universo, que el sol, masculino, activo, cuyos rayos fecundan y producen vida. La tierra pasa a ser pasiva y fecundada por los rayos del sol. Así

la generación biológica de la vida es a través del matrimonio y fecundación de la tierra material femenina por el cielo inmaterial, celestial y masculino. Copérnico siguió esta metáfora. La tierra es entendida como mujer pasiva, materia inerte a la que hay que penetrar y retorcer para que ofrezca sus frutos. Indiferente a las exploraciones y explotaciones de sus entrañas y secretos.

¹⁶ L. J. Jordanova (1980: 42 y ss), señala en su estudio sobre las ciencias biomédicas en Francia y Gran Bretaña, en los siglos XVIII y XIX, que «los roles sexuales fueron constituidos por un lenguaje científico y médico e, inversamente, las ciencias naturales, y la medicina fueron como imaginiería sexual».

¹⁷ Véase (Haraway, 1995: 124-125).

¹⁸ Esto es rechazado por empiristas y empiristas feministas que no comparten los supuestos más radicales como la creencia de que la ciencia se reduce a ideología patriarcal, que existe un método propio de las científicas, o una forma de conocer específicamente femenina (recurrentemente ejemplificada en los trabajos genéticos de Bárbara McClintock). Como afirma Longino, la idea de una ciencia feminista basada en un temperamento cognitivo femenino supone confundir *femenino* con *feminista*. R. Bleir también nega que las mujeres tengan características cognitivas específicas.

¹⁹ (G. Covina, 1975: 96).

²⁰ Ambas feministas americanas del siglo XIX sostienen que las mujeres tendrían una capacidad intelectual específica que se manifestaría como «intuición» que permite obtener resultados cognitivos sin necesidad de largos procesos de racionalización. Esta idea dominante en el XIX es teorizada desde el darwinismo y la frenología. En la obra de Moebius (1982), publicada en 1900, queda perfectamente recogida aunque con una valoración muy distinta a la de Fuller o Gage: las mujeres son intelectualmente inferiores precisamente por estar dotadas de esta facultad. Ver (M. Fuller, 1971: 103). (M. Gages, 1980: 238).

²¹ (S. Firestone, 1971: 175).

²² (M. Daly, 1978: xiii, 53, 57, 320). Según Daly las mujeres son «naturaleza» más que «cultura», este hecho junto a su capacidad de ser madres conlleva las cualidades necesarias para que de ellas dependa la salvación del planeta.

²³ Otra forma de desarrollar el argumento de la superioridad cognitiva femenina es la que llevó a cabo (Sara Ruddick, 1980: 348), para ella las cualidades relacionadas con lo maternal y el cuidado constituyen una forma de acercarse al conocimiento muy diferente a la masculina y superior a ella: conexiones íntimas con el otro, unidad de reflexión, juicio y emoción relevantes para una práctica científica más adecuada.

²⁴ Code define «esencialismo» como «la creencia en una esencia, una inherente, natural y eterna naturaleza femenina que se manifiesta en características como gentileza, bondad, nutriente y sensitiva» (Lorraine Code, 1991: 17). Otra forma que adquiere el argumento esencialista acerca de la feminidad basada en la naturaleza sexuada del cuerpo femenino es desarrollada desde el psicoanálisis por Luce Irigaray (1979), (1982), Irigaray entiende que lo que constituye la verdadera feminidad estaría situado en ese espacio anterior al lenguaje y a lo simbólico. La feminidad puede así ser definida al margen

del orden falocéntrico asignándosele un espacio presimbólico fuera del discurso dominante relacionada con los deseos específicamente femeninos y el cuerpo. Los deseos están arraigados en sus cuerpos, la feminidad deriva esencialmente de la estructura anatómica de sus órganos genitales. Es necesario crear espacios entre mujeres para definir sus propios deseos recurriendo a la homosexualidad como estrategia.

²⁵ N. Chodorow (1978).

²⁶ Dinnerstein (1976).

²⁷ (J. Flax, 1983: 245-281).

²⁸ E. F. Keller (1985).

²⁹ Como señala Silvia Tubert en su introducción a (Flax, 1990: 7-41), las feministas de orientación psicoanalítica dan importancia a la fase preedípica en el desarrollo psico-sexual del niño (contraponen esta fase preedípica al complejo de Edipo como si fueran excluyentes mientras que Freud las superpone) destacando la relevancia de las relaciones tempranas del niño con la madre. Las teorías psicoanalíticas feministas se desarrollan tanto en Europa como en América a partir de los años 70 con el estímulo del movimiento feminista de estos años. En Estados Unidos son igualitaristas y acentúan los factores sociales hasta llegar a poner en cuestión muchas veces las nociones de inconsciente y sexualidad, se orientan hacia el estudio del destacando la necesidad de un desarrollo individual autónomo y del logro de la adaptación social.

³⁰ Los niños desarrollan fronteras del *yo* firmes, las niñas no ya que nunca se separan por completo de la madre que trata a la hija como una extensión de sí misma. Los niños experimentan y son experimentados por la madre como un otro, ella impulsa al hijo a la diferenciación, motivada y reforzada por el género diferente. (N. Chodorow, 1978: 10). (Flax, 1990: 268 y ss.).

³¹ (Dinnerstein, 1976: 76-78 y 207-22), sobre todo, y (Chodorow, 1978: 218), sostienen que la institución de la maternidad es la causa fundamental de la opresión de las mujeres y del malestar sexual que experimenta nuestra sociedad en hombres y mujeres. La familia crea las identidades de género y la subordinación de las mujeres que perpetúa el patriarcado. Las diferencias de géneros se deben al hecho de que las mujeres universalmente son las que se ocupan de los primeros cuidados de los niños. Son el primer otro significativo a través del cual hombres y mujeres adquieren su subjetividad. Este hecho es responsable de la subordinación psíquica de las niñas que adopta la forma de la feminidad. Para modificar esta situación ambas proponen que los hombres compartan con las mujeres la crianza de los niños.

³² (Keller, 1985: 84 y ss.).

³³ Dinnerstein sugiere que el desastre ecológico y el gusto por lo militar tiene raíces en el proceso masculino de generización, y Flax afirma que las estructuras intelectuales del pensamiento de Platón, Descartes, Hobbes y Rousseau aparecen como expresiones del desarrollo social de la personalidad masculina.

³⁴ (Flax, 1983: 249, 259).

³⁵ La postura de Flax permite una salida a la crítica de (Fee, 1986: 50), cuando señala, sumariando su crítica a la teoría de las relaciones objetales, que «toda teoría psicoanalítica puede ser, solamente una teoría de la reproducción de las relaciones de poder. La teoría de las rela-

ciones de género construidas en la familia debe ser articulada con las relaciones de poder social en la sociedad». Hartsock y Harding comparten la posición de Flax respecto a la trascendencia de géneros.

³⁶ Las teóricas materialistas mantienen que en la cultura occidental el sistema sexo/género juega un papel crucial en los modos de conocimiento masculino (como grupo social) y feminista. Según Marx, «el conocimiento humano nace de la práctica, del trabajo y de la transformación del mundo» y, por tanto, según las materialistas de la división del trabajo según el sexo/género.

³⁷ H. Rose and S. Rose (Eds.) (1976). H. Rose (1983). (Rose, 1994: 28 y ss.). También (Rose, 1987: 64-86). Aquí señala que en el proceso de socialización, las mujeres han sido definidas por el *trabajo de amar* (caring labour) o también *Atención cariñosa y tierna*.

³⁸ Rose sostiene que los marxistas clásicos no son capaces de señalar el efecto que tiene la separación entre trabajo productivo y trabajo emocional del cuidado. Dando por sentado que el segundo es propio de la mujer. En esto no se distingue el marxismo de las teorías sociobiologistas que afirman que el destino de la mujer está en los genes y a las que se opone el marxismo vehementemente. Las feministas, dice Rose deben explicar la relación entre trabajo no pagado y trabajo pagado para mostrar que la labor del cuidado femenino tienen una génesis social no natural y fundamenta una sociedad patriarcal burguesa dominadora.

³⁹ En esto coincide con el ecologismo y feminización holística de la ciencia a lo C. Marchant (1980). Según (Rose, 1987: 85), «Marchant comparte con D. Smith, N. Hartsock, y los primeros trabajos de J. Flax, la reivindicación de que un feminismo materialista significa «ciencia sucesora», que propone puntos de partida más verdaderos y que es capaz de generar el conocimiento transformador que nos permitirá crear nuevas relaciones sociales y una nueva relación entre la humanidad y la naturaleza».

⁴⁰ Hartsock (1983), elabora su teoría materialista. Está influenciada por las tesis de Flax.

⁴¹ Véase, S. Harding (1986), S. Harding and J. F. O'Barr (Eds.) (1987). También Harding (1995).

⁴² (D. Smith, 1974: 44). Smith (1989).

⁴³ Las mujeres nos constituimos en sujetos y objetos de investigación al mismo tiempo. Lo que supone que el investigador y el sujeto de investigación están en el mismo plano epistemológico. Sobre todo en ciencias sociales donde el sujeto y objeto de estudio es el que ha de hablar y expresar su propia experiencia con su propia voz. Esta sería la clave de una mayor objetividad. (Smith, 1979: 154).

⁴⁴ El problema del relativismo es abordado por los enfoques empiristas aunque no les afecta en los mismos términos que a las feministas radicales. Para el empirismo feminista el problema es más complicado que para el empirismo ortodoxo aunque existen recursos en la propia ciencia para tratar de conjurarlo: factores internos junto a la exigencia de hacer públicos los valores (internos, externos) desde los que se está investigando.

⁴⁵ (Harding, 1986: 244).

⁴⁶ (Haraway, 1995: 126).

⁴⁷ (Bleir, 1986: 16-17).

⁴⁸ Véase por ejemplo (S. Harding, 1995: 21-22) y (1986: 232 y 249).

⁴⁹ La tesis del *punto de vista* se inspira en Hegel en la relación del amo con el esclavo, en Marx, Luckas. Véase (Harding, 1986: 26-28, 141 y ss.).

⁵⁰ (Harding, 1986: 27).

⁵¹ Haraway (1995).

⁵² En su segunda etapa, Flax (1986). Flax (1995).

⁵³ (Haraway, 1995: 264 y ss.).

⁵⁴ (Flax, 1986: 37) afirma que el punto de vista feminista es tan parcial como los demás. No sería un punto de vista más verdadero que otro y la ciencia que propone tampoco.

⁵⁵ (Haraway, 1995: 113-114).

⁵⁶ (Elizabeth Free, 1981: 22) plantea en la misma dirección, ¿podíamos pensar una ciencia alternativa en los procedimientos de laboratorio, en sus métodos y formas de razonamiento científico? Como algún escéptico hostil pregunta, ¿tiene el feminismo una alternativa a la deducción y la inducción, la observación y el experimento?, si no ¿qué podría significar una ciencia feminista? Ella plantea que debemos lograr la sociedad feminista antes de que podamos empezar a imaginar una ciencia feminista.

⁵⁷ (Haraway, 1995: 113 y ss.) lanza su reto a las feministas del «punto de vista».

⁵⁸ Véase (Haraway, 1995: 313 y ss. cap. 7).

⁵⁹ S. Harding (1986), sobre todo cap. VII.

⁶⁰ Harding (1986) cap. VII.

⁶¹ (Harding, 1986: 193-194).

⁶² (Harding, 1986: 139).

⁶³ (Harding, 1986: 137-139).

⁶⁴ E. Fee (1981) coincide en parte con Harding ya que según aquélla, primero tendríamos que hacer surgir una sociedad feminista antes de que podamos empezar a imaginar una ciencia feminista. Pensar a ambas ahora es como pedir a un pensador medieval que imaginase la teoría de la reproducción genética o de la energía atómica. Lo que se está haciendo ahora no es ciencia, sino crítica feminista de la ciencia. (Harding, 1986: 139) acepta

esto a medias, está políticamente en desacuerdo con la postura de Fee puesto que no cree que tengamos que esperar a tener la sociedad feminista para pensar una ciencia feminista, sino que ésta irá emergiendo en el proceso de lucha por tal tipo de sociedad. Son procesos interdependientes.

⁶⁵ (Harding, 1986: 141).

⁶⁶ En esta perspectiva podemos situar los trabajos de Helen Longino (1990), (1993). También Ruth Doell (1983), Ruth Hubbard (1982), (1993) o Mariame Whately (1986). Por supuesto, entre las autoras empiristas encontramos a su vez diferencias relevantes. Así encontramos empiristas convencidas, beligerantes contra las epistemologías feministas como es el caso de Cristina Hoff Sommers (1995). Susan Haack (1995), rechaza las epistemologías feministas con cierto desdén sosteniendo que los valores epistemológicos de la ciencia existente son los únicos capaces de ofrecer conocimiento científico independientemente de que quiénes los ponga en práctica sean hombres y mujeres. Marion Namenwirth (1986) y Hrdy (1981), mantienen su confianza en el método científico. (Bleir, 1986: 15), señala respecto a Hrdy y Namenwirth: «creen en la ciencia como sistema de procedimientos para la verificación y sistematización de información acerca de la realidad, y en el método científico como inherentemente bueno y verdadero».

⁶⁷ (H. Longino, 1990: 3 y ss.; también 83 y ss.).

⁶⁸ La misma E. Fox Keller a pesar de su radicalidad ha advertido del peligro de «ver la ciencia como mero producto social; la ciencia se disolvería entonces en ideología y la objetividad pierde todo significado intrínseco...» (Keller, 1992: 3-7).

⁶⁹ Por otro lado, desde posiciones empiristas se ha señalado que el privilegio epistémico concedido a las mujeres es resultado del surgimiento de una concepción neorromántica del sujeto como emocional y no dualista, integrador de cuerpo y mente, razón y pasión.